



NUM. 10.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 10 DE MARZO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



ravamente se ha portado el pueblo de Madrid durante el último día de Carnaval: el domingo, apretó el frío, como en lo mas rigoroso del invierno, y fueron contados los máscaras que osaron esponerse á las consecuencias de aquella temperatura glacial.

tanto mas peligrosa cuanto que sucedia á un calor extraordinario: el lunes, el movimiento y el bullicio aumentaron: el martes ¿qué diremos del martes?... Nunca hemos visto, en semejante día, mayor concurrencia ni animacion que las que observamos en el Prado, Recoletos, y demás puntos donde la locura carnavalesca da su postrer espectáculo: pues el miércoles de Ceniza, con su entierro de la sardina y todo, no es, como si dijéramos, otra cosa que una postdata en que se recuerda algo que se ha olvidado. Lo cierto es, que Madrid se ha divertido como nunca, y que despues de recibir la ceniza que conmemora la brevedad de la vida, *Memento homo, quia pulvis*, etc., ha vuelto á su órden habitual, diciendo: *hasta otra!*

Habiendo circulado rumores nada favorables á la Exposicion universal, que hicieron creer á muchos que no podria inaugurarse para la época fijada, sin otra causa para ello que el silencio que acerca del particular habia guardado el emperador Napoleon en su discurso de apertura de las Cámaras francesas, el *Moniteur* insertó un párrafo dirigido á tranquilizar los ánimos que atribuian la referida omision en aquel importante documento, á graves temores, por parte del gobierno, de que se alterase la paz de Europa en la próxima primavera. Así, pues, siguen con mayor actividad, si cabe, que anteriormente, los trabajos del gigantesco

edificio, cuyos sólo preparativos cuestan ya mas de 25.000.000 de francos. Con la infinita variedad de construcciones, entre las que se incluyen parques, jardines, casas, fuentes, lagos, arroyos, teatros, fondas, cafés, donde habrá sirvientes de todas las naciones de Europa, con el fin de que la gente pueda entenderse, el Campo de Marte ya no se conoce, pudiendo decirse de él lo que el cantor de la *Profecía del Tajo* decia de las escuadras africanas:

Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desaparece
la mar.

Grandes preparativos se hacen tambien para la festival de Paris, en donde alternarán los concursos y los conciertos orfeónicos, habiendo ya marcado la comision nombrada *ad hoc* la cantidad de 10.000 francos para recompensas de los primeros y un premio de 5.000 para los segundos. Las sociedades corales francesas suministrarán por sí solas, segun cálculo, un contingente de 8.000 cantores. Si los demás pueblos de Europa en donde existen sociedades de la misma índole, corresponden á la invitacion que se les ha pasado, ¿qué oido, por firme que sea, podrá resistir á la explosion formidable de tantos millares de voces, en un *tutti* lanzado con alma?

Antúnciase que los reyes de Portugal, de paso para la Exposicion de Paris, residirán en Madrid algunos días, hospedándose en el real palacio. De otros varios monarcas extranjeros, se dice tambien que visitarán la capital del vecino imperio, durante aquel acontecimiento, que promete escocer en grandeza á cuanto puede soñar la fantasia.

Los húngaros disponen grandes fiestas para solemnizar la coronacion del emperador de Austria, como rey de Hungría, en cuyos preparativos toman parte los primeros magnates magyares.

En una carta de Paris, inserta en varios periódicos de esta córte, se lee que el partido exaltado del Perú hace grandes esfuerzos para que el presidente no acepte la mediacion de los Estados-Unidos; en cambio, un despacho telegráfico de Southampton dice, con referencia á noticias de Chile, que el gobierno de esta república se halla decidido á tratar de paz con España. Un diario recuerda con mucha oportunidad, al comunicar la nueva de que el director de las fortificaciones de Valparaíso ha fallecido á consecuencia de haberse fra-

turado las piernas y el cráneo al bajar á la escotilla de un buque, que los constructores de los torpedos perecieron tambien desgraciadamente, y que el otro empresario del bote submarino que ofreció echar á pique los buques de nuestra escuadra, murió en las aguas del Pacífico, al verificar una de sus exploraciones.

El senado de Kansas (Estados-Unidos) acaba de conceder virtualmente el derecho de sufragio á las mujeres y á los negros, suprimiendo de la constitucion las palabras masculino y blanco.

La reina Victoria, dotada, como es sabido, de gran ceder instrucion, ha escrito el prólogo que lleva la obra del general Grey, *Vida y hechos del príncipe-consorte*, que impresa ya, verá muy pronto la luz pública, así como tambien la que ocupa hace tiempo á la misma reina, y cuyo título es: *Hojas de mi diario en Escocia*.

En el Consejo de Estado de Francia se discute un proyecto relativo á la donacion de 400.000 francos á Lamartine, á título de recompensa nacional. Hay quien duda si el poeta la aceptará; lo incomprendible seria que no la aceptase, despues de lo que ha hecho repetidas veces para reponerse de lo que llama su ruina. Acerca de esto, vemos en algunos periódicos, ha dicho otro gran poeta francés, á quien se ha preguntado si aquel hace bien ó mal en aceptar estas sumas enormes y seguir en su aristocrática vida de gran señor: «Puede ser que en este asunto Lamartine haya estado un poco torpe; pero no es de extrañar: cuando un ángel cae, y llega á tocar la tierra, sus grandes alas se entorpecen y embarazan de tal manera, que le es imposible volver á remontar su vuelo.»

Las últimas lluvias han venido á reanimar las esperanzas de los labradores, á quienes con razon tenia alarmados la constante y aun, al parecer, interminable sequedad de la atmósfera. Las noticias que de todas partes se reciben, son lisonjeras, pues, en general, hay yerba abundante para los ganados y los campos están magníficos.

No es tan magnífica la situacion de los teatros, aunque en verdad no debe atribuirse á falta de producciones: llueven dramas, llueven comedias, llueven zarzuelas, así es que por lo que respecta á la cantidad, no ha de morir de sed el público: ahora, en cuanto á la calidad, estos ya son otros cantares. Ni una sola produccion ha habido de las que se llaman de punta:



entiéndase que nos referimos á las de verdadera importancia para el arte, en cuyo número no comprendemos tal cual juguete que, por lo demás, puede muy bien haber llenado su objeto, reducido á entretener agradablemente un rato al auditorio.

Acaba de fundarse en esta corte un colegio para la educación y subsistencia de niñas pobres, con el título de *Escuela de Gracilindas*, por el estilo de los que ya existen en varias provincias de España. Todo lo que tienda á proporcionar asilo, amparo y enseñanza á los infelices que carecen de ellos, merece nuestra aprobación, y con mayor motivo tratándose de criaturas de pocos años, que, abandonadas á la miseria y á la ignorancia, llegarían probablemente á ser con el tiempo miembros perjudiciales á la sociedad. Ignoramos las bases de este piadoso establecimiento; pero según tenemos entendido, parte de los recursos con que cuenta provienen de una suscripción que, fijada en una cantidad insignificante al mes (creemos que un real), se halla al alcance hasta de las personas más pobres; circunstancia que la asegura un éxito satisfactorio, si es cierto aquello de que muchas cerillas hacen un cirio pascual.

Tenemos á la vista la primera entrega de la obra titulada *Salamanca artística y monumental*, que da á luz en aquella ciudad don Modesto Falcon, persona de reconocida competencia para llevar á cabo tan interesante obra. Comprende dicha entrega un prólogo de dicho señor que revela sus profundos conocimientos y su entusiasmo por las glorias de la ciudad del Tormes. El libro constará de seis partes: destinada, según vemos, la primera á la histórica, indispensable luz en esta clase de trabajos, se agrupan en las restantes las antigüedades romanas, los monumentos románicos, los templos ojivos, los edificios del Renacimiento y las construcciones greco-romanas, no incluyéndose en estos grupos las épocas visigoda y árabe, porque las razas que las dieron nombre no dejaron en Salamanca rastro alguno de su dominación, y si los dejaron han desaparecido bajo las fábricas que después se levantaron. Sigue al prólogo una erudita introducción, debida á la pluma del señor don Alvaro Gil Sanz, en la que con gran criterio filosófico y elegante estilo se demuestra la importancia artística y científica de Salamanca desde el principio de su repoblación, lo que era en el siglo XVI, su función ó destino en aquellas épocas, su arquitectura, manifestación especial de las ideas religiosas, su actual decadencia y porvenir, necesidad del estudio de los monumentos artísticos, y utilidad de las obras que los describen.—La colección de las vistas fotográficas que acompañarán á la obra y está á cargo del distinguido fotógrafo de esta corte señor Hebert, será numerosa, y comprenderá todos los monumentos de Salamanca. La parte tipográfica es también esmeradísima y contribuye á hacer altamente recomendable este libro.

No hacemos aquí mención del principal acontecimiento de la semana que fue el eclipse de sol, porque un escritor distinguido se encargó de este trabajo que verán nuestros lectores, á continuación de nuestra Revista.

Terminaremos por hoy aplaudiendo el interés que, en medio de tanta prosa, muestra por la literatura la ciudad de Valencia, cuyo municipio anuncia un certamen poético que ha de verificarse en la misma en mayo próximo, y cuya Sociedad económica ha acordado establecer lecturas científicas, á semejanza de lo que se hace en otros países y de lo que nosotros estamos cansados de proponer que se haga en Madrid, poniendo, en unión de algunos amigos, cuanto ha estado de nuestra parte, aunque estérilmente, para conseguirlo.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS ECLIPSES.

ECLIPSE DE SOL DEL 6 DE MARZO.

I.

Los fenómenos de la naturaleza son los más dignos de la atención del hombre: su grandiosidad habla á nuestra alma, embarga nuestros sentidos, y levanta nuestro espíritu á la contemplación y al estudio, pretendiendo por este medio sondar los más profundos misterios y arrancar á la naturaleza sus más ocultos secretos.

Esa bóveda inmensa que se extiende del uno al otro extremo del horizonte y confunde su azul con los azulados y remotos celajes de la tierra; esa inmensurable esfera que brillan tantos astros, es una fuente inagotable de observaciones y estudios para el hombre de ciencia, de inspiración para el poeta, de sentimientos y emociones para todo hombre sensible.

El cielo astronómico, el cielo físico con sus sorprendentes mutaciones, ora esplendente con un magnífico sol, ora encubierto de opacas nebulas; ya lanzando el rayo; ya oscurecido por un eclipse ó cruzado por un vistoso, ya cometa ó una estrella fugaz; ese cielo á que todos elevamos la vista, entra por algo en

nuestra vida material, y por mucho en la vida moral é intelectual. El alma es un reflejo de los hechos esternos, y obedece á una ley de armonía estética: los rayos del sol la penetran; las nebulas de la atmósfera cubren con denso velo sus más íntimas emociones.

Si el cielo es como ha dicho un poeta la frente de Dios, la frente es el cielo del hombre, como espejo de su alma; en ella se pintan y reflejan las espesas nebulas del firmamento, el rayo que le surca y da vida luz, la serenidad con que brilla los días puros y tranquilos.

¿Qué extraño es, por tanto, que los grandes misterios de ese cielo hablen al pueblo en sus vulgares creencias, y le hagan pasar de la admiración y la sorpresa al terror, y de aquí á las absurdas consejas que solo encuentran abrigo en las profundidades de una fe mal entendida?

Un día aparece el sol por el horizonte, brillante como siempre, derramando sobre la tierra su luz, su calor y su alegría; despierta al pastor en su cabaña y al pájaro en su nido; hace brotar de toda la tierra ese ruido armonioso, ese himno universal con que la naturaleza entera canta el nuevo día. Mas de pronto palidece su luz, y apágase su calor; cámbianse sus rayos en tibios reflejos que se van amortiguando; cúbrense la tierra de un manto de tristeza; oscúrese el puro azul del firmamento; luchan la luz y la sombra; parece que cubre nuestros ojos una gasa fúnebre; el sol desaparece, las estrellas se presentan; reina la noche.

A tan sorprendente variación, se conmueve la naturaleza: los animales huyen y se esconden, el silencio extiende sus invisibles alas por todas partes; las flores que se abren para recibir el calor del sol cierran sus corolas y caen lánguidamente, como cuando la noche las cubre con su lóbrego manto.

¡Fenómeno misterioso! ¿Es que se verifica en el cielo una lucha monstruosa, y el carro del sol es derribado por algún dragón, como creyeron algunos pueblos primitivos? ¿Es que el sol apaga su luz para amenazar á los hombres y predecirles grandes revoluciones y espantosas catástrofes? ¿Es que castiga ya la naturaleza y se cierra el párpado de ese ojo gigantesco, emblema de la providencia material del mundo, y ansiamos aspirar su luz y detener su muerte? ¿Es que se trastornan las leyes naturales, y el sol no alumbrará, y la noche es día, y nos amaga una total destrucción? ¿Es que el mundo es obra del acaso, y está puesto al desorden y al cataclismo?

No. Esos vanos temores han desaparecido ya, esas absurdas creencias han sido borradas de la inteligencia del pueblo, como las nieblas, por un nuevo sol, por una luz espléndida, inmarcitable, cuyos rayos penetran desde la tierra en ese cielo, y miden sus profundidades, y calculan sus distancias, y pesan sus astros y marcan su camino y predicen sus hechos: han sido espulsadas de las tinieblas de la mente en que se ignoraban, por la ciencia, que extiende sus brazos de gigante más allá de donde llegó la atrevida imaginación de otros hombres y otras épocas.

Ese fenómeno, grandioso para el pueblo, ese sencillo eclipse para el astrónomo, es en la ciencia un hecho frecuente y ordinario: está anunciado en el libro más vulgar de todos, en el Calendario. Allí está la hora á que han de concurrir los dos más grandes lumineros de la tierra en un mismo punto; la magnitud de la oscuridad, apreciada exactamente, la extensión de la sombra que correrá veloz por la superficie terrestre, las menores circunstancias para cada punto del globo.

Hace más de mil años un general decía á sus soldados, llenos de terror á la vista de un eclipse: «Creéis que influirá algo en vuestra suerte el que yo cubra este tambor con mi capa? Pues tampoco influirá el que la luna oculte los rayos del sol por un momento.»

Aquí está explicado este fenómeno: eclipsarse una luz, es ocultarse: la luna puesta delante del sol, ni apaga sus rayos, ni augura desgracias para nadie.

Nuestro satélite recorriendo el cielo y circundando la tierra en un plano inclinado respecto del sol, recibiendo la luz de frente en las lunas nuevas, de lado en los cuartos, y por el hemisferio opuesto á nosotros en los novilunios, viene á colocarse entre el sol y la tierra y priva á esta por algún tiempo de la luz y calor de aquel. Esta sombra que se proyecta á millares de leguas en el espacio como una cola monstruosa, toca á la tierra y la envuelve en su oscuridad.

¡Soberbio espectáculo para el que pudiera contemplarlo desde inmensa altura! Vería esa sombra adelantarse con velocidad fabulosa, cien veces mayor que la de una locomotora, sumergirse en el mar cerca de la costa de África, precipitarse por los áridos desiertos de Libia, inundar á un mismo tiempo la Europa y el Mediterráneo, é ir á perderse manchando lóbregamente la tierra en las profundidades del Asia.

Desde esa altura la podría seguir, como el viajero sigue desde las altas montañas la sombra de una nube que cruza ligera en alas del viento los valles y los cerros; como sigue el benéfico rayo de luz del faro por las tormentosas olas. Y en esa extensión inmensa de más de 1800 leguas de longitud y de 600 de anchura, podría figurarse la sorpresa del África, la curiosidad de Europa y la admiración del Asia.

II.

El eclipse que motiva este artículo y que se ha verificado el 6 del mes corriente, ha sido anular; es decir, la sombra cónica que proyecta la luna tras de sí, ha sido cortada por la tierra en un punto cuyo diámetro era menor que el del disco solar; y los habitantes de los países en que el eclipse ha sido central, han podido observar oscurecido el centro del sol, y rodeado de un brillante anillo.

El eclipse empezó en la tierra á las 6 y 42 minutos, en un punto situado á los 11° 42' de longitud occidental del meridiano de Madrid, y á 12° 38' de latitud septentrional, hacia la costa de África en la Senegambia; y terminó á las 11 y 42 minutos en un lugar situado á los 86° 28' de longitud oriental y á 46° 46' de latitud boreal, en China, cerca de los montes Altai.

El eclipse central empezó á las 8 y 2 minutos en un punto situado á los 28° 33' de longitud occidental, y á los 33° 26' de latitud Norte, es decir, hacia el Sar de las Azores, y terminó á las 10 y 22 minutos en un punto situado á los 98° 42' de longitud oriental, y á los 48° 22' de latitud Norte, en los límites de la Siberia y la Mongolia.

Por último, el eclipse central se verificó á las 9 y 28 minutos en un lugar situado á los 33° 27' de longitud oriental y á 48° 22' de latitud boreal.

En Madrid, el eclipse ha sido parcial; empezó á las 7 y 37 minutos de la mañana, y terminó á las 10 y 16 minutos, siendo el medio á las 8 y 53 minutos. La primera impresión de los discos se verificó á los 68° del vértice superior de la derecha, como se ve en la figura adjunta; ocultándose una parte del sol espesada por 0,881 de su diámetro, es decir, más de las tres cuartas partes.

F. P.

LA LITERATURA DE LOS PUEBLOS

SLAVOS.

Rusia puede decirse que no posee una literatura antigua: hasta el siglo XVIII apenas llamamos nada que merezca fijar la atención, fuera del *Himno de la Victoria de Igor*, y de la *Crónica de Nestor*, monge de Kieff. La primera de estas obras, de autor desconocido, es de verdadero mérito, y como ha dicho muy bien un poeta moderno, es de una belleza eterna; la segunda, es una crónica sencilla y exacta; ambas obras pertenecen al siglo XI. En realidad, desde esta época no vemos presentarse en Rusia ningún escritor notable hasta el siglo XVIII, en que el príncipe Kantemir, después de haber tratado de fijar las bases gramaticales de la lengua rusa, se hizo célebre por sus numerosos escritos, y sobre todo por sus sátiras rimadas. Sin embargo, sus esfuerzos en cuanto á la gramática fueron infructuosos, y no logró formar escuela; nadie tenía idea de una gramática regular, y cada escritor se creaba su propia ortografía. En este estado de atraso y de abandono se encontraban las letras rusas, cuando un hombre oscuro, pero dotado de gran capacidad y carácter decidido, se presentó á dar un gran impulso al espíritu de su país. Miguel Vassilievitch Lomonosof, hijo de un pescador de Arkhangel, y pescador él también en las costas del Océano glacial, disgustado de su grosera existencia, se escapó de la casa paterna, sin saber más que leer. Habiéndosele admitido como huérfano en las escuelas de Moscú, pronto se distinguió hasta tal punto, que el gobierno le envió á espensas suyas á que se perfeccionara en Alemania. Lomonosof fue quien publicó la primera gramática rusa, no eslavona, creó la prosodia rusa y enseñó á medir los versos. Creador atrevido en todos los ramos de la actividad del espíritu humano, fue hasta artista, y se ha conservado de él un retrato de Pedro I, en mosaico, célebre por la exactitud del dibujo y del colorido. Este hombre, que fue á la vez el Homero, el Píndaro y el Aristóteles de la Rusia naciente, ha dejado modelos en todos los géneros de prosa y de poesía; una epopeya sin concluir, varias tragedias y gran número de odas. Este genio universal fue en realidad muy poco apreciado de sus contemporáneos, y cuando murió, 1765, no se hizo ningún honor público á su memoria; la columna que se eleva sobre su tumba en el cementerio de San Petersburgo, fue mandada poner no hace mucho tiempo por el canciller Romantsoff.

Mientras los poetas de la corte se entregaban con el mayor ardor á traducir é imitar las frivolidades filosóficas de Posidam, y de París, el genio ruso se manifestaba en un mirza tártaro, que oscuro soldado hasta la edad de treinta años, había de llegar á ser después Gabriel Derjavin, y á adquirir una celebridad inmensa. Este hombre, sin reputación ninguna hasta entonces, se atrevió á enviar á la emperatriz Catalina II, un poema, cuyo título era: *Felitsa, zarina de los cosacos kirghisses*. Felitsa era una personificación ideal de la misma emperatriz, la cual no tuvo

que trabajar mucho para reconocerse en este retrato, trazado con un amor ardiente, pero al mismo tiempo con una finura de elogios, á la que nada se podría criticar; la obra, además, revelaba un genio de primer orden. Así, pues, Catalina II, sin que lo supieran sus cortesanos, le envió una caja de tabaco con su retrato, en el que estaba representada, bajo la forma ideal de Fofitsa en el traje kirghís. Derjavin ha dejado también cantos de amor y otras poesías llenas de gracia. Sus sátiras contra los abusos de su época, son tan mordaces, que causan admiración; apenas se hubieran tolerado en un país libre; esto no impidió que Derjavin llegara á ser senador y hasta ministro de Justicia; murió como Goethe, cargado de años, en 1816. Derjavin es indudablemente el primer lírico ruso y uno de los primeros poetas líricos del mundo. Una de las causas de su originalidad era su ignorancia, rara en Rusia, de todos los idiomas de Occidente. La imaginación de este hijo de la naturaleza del Norte, era fantástica y brillante como las selvas vírgenes de la Finlandia y de la Siberia. Nada se ha publicado en Rusia que tenga marcado tan profundamente el sello del genio slavo, como los escritos de este hijo de Kasan.

Desgraciadamente, Derjavin no era más que poeta; la rosa rusa continuó sujeta á las mil influencias de las literaturas extranjeras, hasta que Karazin, en su *Historia de Rusia*, dió, por decirlo así, el impulso que han seguido después los escritores que le han sucedido. Es verdad que se le censura que su lenguaje tiene muchos galicismos, pero además de que esta opinión es algo exagerada, es imposible desconocer la importancia del servicio que prestó á las letras rusas.

La poesía sola ha conservado en Rusia, desde el tiempo de Derjavin, cierta independencia, aun en sus imitaciones. A los galicismos clásicos de Dmitrieff, discípulo de Karazin, Jukovski substituyó el romanticismo alemán; Jukovski parece copiar á Bürger, á Schiller y á Goethe; es, en cuanto á las formas, el más alemán de todos los poetas rusos, y sin embargo, es un patriota fanático de la Santa Moscú. Todos sus pensamientos, todos sus suspiros tienen por objeto la nacionalidad. Jukovski es principalmente un poeta lírico, y por sus odas eclipsa en Rusia á todos sus contemporáneos. Mientras que este genio brillante, lleno de odio contra la Francia, se inspiraba de la vida y de los modelos del Norte, otro guerrero de las campañas de 1812, Batiúchkoff, instalaba en el Parnaso ruso el romanticismo de los poetas españoles é italianos. Bajo su pluma, la lengua rusa adquirió una dulzura y una suavidad completamente meridionales. Un triste presentimiento le arrastraba sin cesar á cantar los dolores del Tasso, al que en su mejor poema nos presenta moribundo. Era su propio destino el que cantaba así sin saberlo, porque Batiúchkoff se volvió loco como Tasso, aunque en una edad mucho más avanzada. La mayor parte de sus obras está, por desgracia, en prosa; las pocas poesías originales que dejó este ardiente campeón de todas las grandes batallas de 1806 á 1814, quedarán entre los slavos como un modelo inmortal, en el que la gracia de Anacreonte se une al entusiasmo de Píndaro.

Sin embargo, el gusto francés volvió á adquirir cierta influencia en la literatura rusa en tiempo del príncipe Wisemsky y de sus imitadores, pero no nos detendremos ahora en seguir la marcha, los primeros progresos y los extravíos del espíritu ruso. El escéptico Alejandro Póschkin, que murió tan tristemente en 1837, presenta en sí el resumen de la literatura rusa antes de la época actual, y personifica sus vagas é inquietas aspiraciones hácia una originalidad aun ausente.

Así pues, el slavismo está representado de un modo muy imperfecto por la literatura rusa. Las masas rusas se han dejado arrastrar también como las polacas, por la imitación de las obras extranjeras. Afortunadamente, existe entre los slavos una literatura aun vírgen, que ha quedado al abrigo de toda invasión extranjera, y que, gracias á su misma oscuridad, ha podido desarrollarse de un modo normal y regular; esta literatura es la de los slavos meridionales, bajo cuyo nombre se comprende á los ilirios del Adriático, y á los serbios del Danubio turco y austriaco; es decir, á los más antiguos slavos conocidos históricamente. Esta literatura oculta en sus profundidades, que hasta ahora ningún erudito ha podido sondear, todos los elementos primitivos del slavismo, al mismo tiempo que guarda en su seno todos los elementos futuros, con un calor de patriotismo que no iguala ninguna otra nación.

Entre las literaturas rusa y polaca, expresiones de dos ideas exclusivas encarnizadas en destruirse entre sí, viene á colocarse esta otra literatura, á la vez antigua y nueva, como una amiga mediadora, como un lazo destinado á reunirlos un día. La literatura de los slavos meridionales ha probado ya mas de una vez que se halla en estado de prestar un auxilio poderoso á la causa de la emancipación de los pueblos y á la conservación del orden europeo. Finalmente, por su fidelidad, inalterable hasta el día, á los tipos y á los instintos primitivos de la raza, esta literatura

es sin contradicción alguna hoy la más slava de todas las que llevan este nombre.

La época del apogeo de las letras ilirico-serbas, comienza hácia mediados del siglo XV, y llega hasta la mitad del XVII. Ragusa, la república latina de los slavos del Sur, fue entonces su Atenas. Su esplendor data del día en que después de la funesta batalla de Kossovo (en 1389), todas las notabilidades sociales del antiguo imperio serbo, proscritas y fugitivas, fueron á buscar un asilo en sus muros contra el furor de los turcos. El ejército musulmán, embriagado por su victoria llegó hasta el pie de la muralla de la ciudad á exigir con amenaza las estradición de los vencidos, pero Ragusa prefirió sufrir los horrores de un sitio, y su generosa hospitalidad obtuvo recompensa. La presencia y los ejemplos de tantos nobles proscritos, inspiraron á los habitantes de la ciudad un admirable entusiasmo patriótico, y el siglo XV vió aparecer entre ellos las primeras obras clásicas de la literatura serba.

Entre los poetas de aquel periodo se distinguen el amable y tierno Jorge Derjiv, verdadero místico del Oriente, dotado de la claridad y de la sencillez slava; el austero anacoreta Marco Velranity, que cantó en su celda la vida del desierto; Andrés Tchubranovytj, autor de un poema titulado *La Gitana*, y de gran número de baladas amorosas que respiran el abandono y toda la alegría primitiva. A principios del siglo XVI aparece Estéban Gotse, autor de un poema dramático, célebre entre los slavos, titulado *La Dervisiada*. La vida de los derviches y de los sophis orientales, exaltaba entonces de un modo singular á los dálmatas y serbos de inteligencia elevada; todos estos poetas, sea por sus viajes frecuentes á Constantinopla, sea por su proximidad á las provincias turcas, habían podido contemplar el gran espectáculo de la civilización musulmana, entonces en su apogeo, y sentían, á pesar suyo, la superioridad que en algunas cosas tenía esta civilización, esencialmente democrática, sobre la civilización de las costumbres aristocráticas y feudales. De aquí provenía el carácter oriental bajo el manto latino de los poetas de Ragusa en aquella época; sobre todo de los poetas líricos, porque al lado de estos había en la misma ciudad, desde el siglo XVI, otra escuela, la de los poetas dramáticos, que se inspiraban más bien de la Italia y de la antigüedad clásica. Entre estos autores, el más antiguo, de quien nos han quedado comedias en prosa y en verso, es Maroie Derjiv, que murió en 1580. A fines del siglo XVI, Juan Gundulity quiso dar á los serbos su epopeya nacional, y para esto escogió como asunto la lucha de su nación contra el islamismo; para héroes de su poema eligió á los guerreros polacos, en guerra entonces con el sultan Osman. Ensayando mas y mas su cuadro, acabó por hacer en realidad de su *Osmanida* la epopeya general de todas las naciones slavas, que parecen haber recibido, en efecto, por misión la lucha contra el islamismo y su internación en el Asia. Gundulity compuso, además, varios dramas, cuyos asuntos estaban tomados de la antigüedad griega, y otros de la historia de su patria. Junio Palmotity, que le sucedió en la escena, perfeccionó aun el drama, y compuso algunas tragedias que se conservan todavía.

Hasta 1667 Ragusa gozó de una prosperidad enviable; había hecho alianzas comerciales con todas las potencias de Europa, y poseía factorías en todas las escalas del Mediterráneo. En Constantinopla, el pabellón de Ragusa gozaba de privilegios extraordinarios, y el Senado tenía una reputación tal de imparcialidad, que los pachás turcos y los rajás serbos le elegían por árbitro en sus litigios. El temblor de tierra de 1667 destruyó en algunos minutos la obra de seis siglos de sabiduría y de esfuerzos perseverantes. La ciudad, sus magníficos arrabales y hasta sus astilleros, fueron destruidos en un momento. El espíritu poético luchó aun por espacio de algun tiempo para sostenerse, y se publicaron algunas obras notables, pero todo fue en vano; y cuando la escuela superior de la ciudad cayó en poder de los Jesuitas, se abandonó el estudio del idioma y de las letras-slavas, para substituirlos con la lengua latina.

(Se concluirá.)

M.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS

(CONTINUACION.)

I.

El primero que entre los griegos comprendió toda la importancia que en una inteligencia cultivada tiene la esperiencia de los sucesos humanos, y el primero que, al sentirse inspirado recorriendo en su mente la serie de observaciones y de noticias que había recogido en sus largos viajes, supo dar á la historia una forma propia para ilustrar á la humanidad, deleitándola con lo adecuado de la concepción y la amenidad

del estilo, fue Heródoto. En él se obró la transformación de la poesía y de la crónica en la verdadera historia, siendo la mas propia expresion de su forma puramente narrativa-descriptiva. Habían vivido, en efecto, las tradiciones de la época heroica en los poemas de Homero y de los cíclicos, que embelleciendo las empresas de Ilión y de los argonautas, las hazañas de Hércules, los singulares sucesos de la vida de Edipo y las discordias de los epigonos, habían fundado el carácter nacional y abierto las vías de la cultura literaria en toda la Grecia; llegado el periodo de la civilización y de la ciencia, en el siglo de oro de aquel pueblo, todas esas tradiciones se abandonaron al dominio esclusivo de la poesía, y tomando una nueva forma, dieron alimento á la tragedia. Se habían ocupado también muchos amantes de las glorias patrias en reunir los antecedentes que habían traído al estado de prosperidad en que se hallaban, ya ciertas familias privilegiadas, ya las diversas ciudades que habían visto nacer á aquellos escritores, y que, según la organización de la antigua Grecia, formaban cada una por lo general un Estado independiente: estos escritores, llamados logógrafos, aunque no tuvieron el genio ni la intencion necesaria para crear una historia digna de figurar entre las obras literarias, siendo su único objeto el consignar en el lenguaje sencillo y aun inculdo de la conversacion numerosos sucesos difíciles de conservar en la memoria, manifiestan, sin embargo, el primer paso dado en este género de composiciones, y su existencia explica en parte la gran perfección que adquirió en Heródoto la esposicion histórica, para lo cual su eminente genio tuvo un gran apoyo en las relaciones de Acusilao de Argos, Helánico de Milene, Hecateo de Mileto y otros muchos que se citan. Con todo, aunque en ellos pudo encontrar Heródoto un arsenal no despreciable de datos y estudiar algunas de las cualidades primordiales de la historia, sólo su ríen naturaleza fue bastante para que eclipsara con su fama la de todos aquellos humildes narradores y crease una forma adecuada á la naturaleza de la historia, dejando á su vez dispuesto el terreno para que otro historiador no menos admirable produjera el sistema mas perfecto que había de conocer la antigüedad.

La historia de Heródoto fue una creación sumamente natural de su genio. Exaltada su imaginación y lleno su corazón de variadas emociones y su pensamiento de importantes verdades morales, quiso producir en sus contemporáneos un entusiasmo igual al suyo, y rompiendo las trabas que habían cortado los vuelos á sus antecesores y elevando el lenguaje de la prosa hasta hacerle digno de las obras del ingenio, supo dotar á la literatura de un nuevo género de composiciones, natural é inspirado como la epopeya de Homero, patriótico cual los himnos de Tirteo y compañero al mismo tiempo del espíritu investigador de los filósofos. El único objeto que se proponía Heródoto en su historia, era el instruir á los griegos con la esperiencia que había recogido de las naciones, esponiendo sencillamente los sucesos, describiendo los lugares, las costumbres y las creencias, y deduciendo consejos morales que les fortaleciesen contra los reveses de la fortuna: por eso no hizo de su obra un tratado de política ni un arma de partido, ni tampoco se abandonó á los delirios de su imaginación para tejer una fábula de amena lectura. La verdad es lo único que satisface su espíritu: por ella recorre desde joven los vastos dominios del Gran Rey y escudriña los secretos de los sacerdotes de Memphis y de Tebas la de las cien puertas; por ella atraviesa los ardientes desiertos de Siria y se detiene en la opulenta Babilonia, y mide la estension de sus murallas y la profundidad del foso que la circunda y la altura de su inmensa torre, centro y primer monumento de aquella maravilla de las ciudades: por ella, en fin, soporta los rigores de los climas y la barbarie de los pueblos, y consume su rico patrimonio al través del mundo conocido.

Pero la verdad se adhiere á todas las partes de su alma y la penetra, adornada de todos los atractivos con que la viste la naturaleza, y por eso al pasar por la sencilla pluma de Heródoto, no pierde nada de su encanto y se nos manifiesta con los caracteres de la poesía. De ahí el adoptar Heródoto el dialecto jónico, mezclado de expresiones épicas, que dan á conocer bastante que si alguna influencia recibe su dicción y estilo de otros escritores griegos, la debe sólo á Homero, cuyo espíritu tiene tanta analogía con el del historiador haliarnésico: por eso también se complace Heródoto en las descripciones de lugares y en la esposicion de costumbres extrañas y de escenas dramáticas; y para que todo en su admirable obra cautivase la atención del lector ó del oyente, como las antiguas rapsodias, hasta el plan que preside á su composición recuerda la magnífica concepción de la Odisea. Es el objeto de la historia de Heródoto, que el entusiasmo del pueblo griego apellidó las *Musas*, consagrando á una de éstas cada uno de sus nueve libros, la gran lucha del Oriente con el Occidente en las guerras Médicas, en las que se estrelló y perdió su significacion en el curso de los progresos humanos la avasalladora potencia de los persas. Todo lo que preparó de cerca ó de lejos este gran suceso ocupa en

primer lugar la atención del historiador, y su misión no concluye hasta dejar manifiesta la desorganización que invadió el imperio de Jerjes después de su derrota, mostrando así, no sólo el triunfo material de la civilización helénica, sino también su infalible destino de sobreponerse á las degradadas sociedades de la antigua Asia; pero esta gran contienda le presenta ocasión para describir los países sujetos á los dominios de persas y griegos, y para referir la historia de cada uno de ellos y describir su fisonomía social, con lo que forma numerosos y bellos episodios que hacen de sus libros casi una historia universal llena de amenidad é interés.

Y si con tanto cuidado y tan feliz éxito atiende Heródoto á los intereses de la verdad y de la belleza, no es menos sensible á las inspiraciones de la moral: todos los sucesos prósperos ó adversos á las naciones ó á los individuos tienen para él una relación inmediata con las virtudes ó los vicios que los produjeran; el hombre no debe confiar en su felicidad ni desesperar por sus desgracias, pues la fortuna es inconstante, y lo único que puede compensar sus vaivenes es la magnanimidad y la buena conciencia: las máximas que Solón procuraba inculcar en el ánimo de Creso y que tan tarde aprendió éste, sujeto al despotismo de Giro y á los caprichos de Cambises, están siempre fijadas en el corazón de Heródoto, y dirigen lo quiera su pluma: ellas le obligan á mirar con igual predilección la naturaleza humana, ya en los grandes Estados, ya en los pequeños; ellas le inspiran cuadros tan tiernos como el de la prueba á que espuso Cambises á Psamético, haciéndole ver degradados á sus hijos entre la juventud cautiva de Egipto; ellas le suministran importantes consejos con que levantar el ánimo de los griegos en un tiempo en que las discordias intestinas y las guerras exteriores no se saciaban hasta conducir



JUAN DOMINGO AUGUSTO INGRES, CELEBRE PINTOR FRANCÉS.

al vencido á la última abyección, trocando al orgulloso Eupátrida en desgraciado ilota. El influjo de la divinidad en los sucesos humanos es para nuestro autor incontestable: la fuerza del destino hace un papel importante, si no tan esencial como en la tragedia griega: Heródoto erce sencillamente en la mitología patria, pero por lo mismo se manifiesta incrédulo en cuanto á

las ficciones de los pueblos extraños y las supersticiones de sus sacerdotes; en repetidos pasajes refiere milagros que ha oído contar en diversos pueblos, pero jamás se hace responsable de su autenticidad.

Toda esta buena fe, toda esta ingenuidad y todas las simpatías y amabilidad de su alma, se retratan fielmente en su estilo: jamás sueña deslumbrar á los lectores con las seductoras invenciones de Gorgias: una frase sencilla y clara, una nobleza sin pretensiones, una elegancia adecuada á la belleza de los objetos que describe ó de las acciones que narra, son las cualidades bajo que se modela naturalmente su lenguaje: si tiene su vista un monumento admirable, un país de extraordinarias producciones ó de delicioso aspecto, se contenta con recoger sus principales rasgos y enumerarlos por el orden en que los presenta la naturaleza: si se trata de resolver una importante cuestión de Estado, los personajes exponen sus pareceres y sus temores en arengas más razonables que oratorias: todo lo refiere con igual calma; nunca abulla los sucesos, ni manifiesta más su sentimiento que el de los personajes que intervienen en cada escena.

La historia de Heródoto nace, por consiguiente, de la contemplación exterior de los sucesos, y conteniendo pocos elementos subjetivos, afecta una forma apropiada hasta cierto punto por los historiadores de todas las épocas y de todos los pueblos.

Tucidides, por el contrario, adopta una forma enteramente propia de su

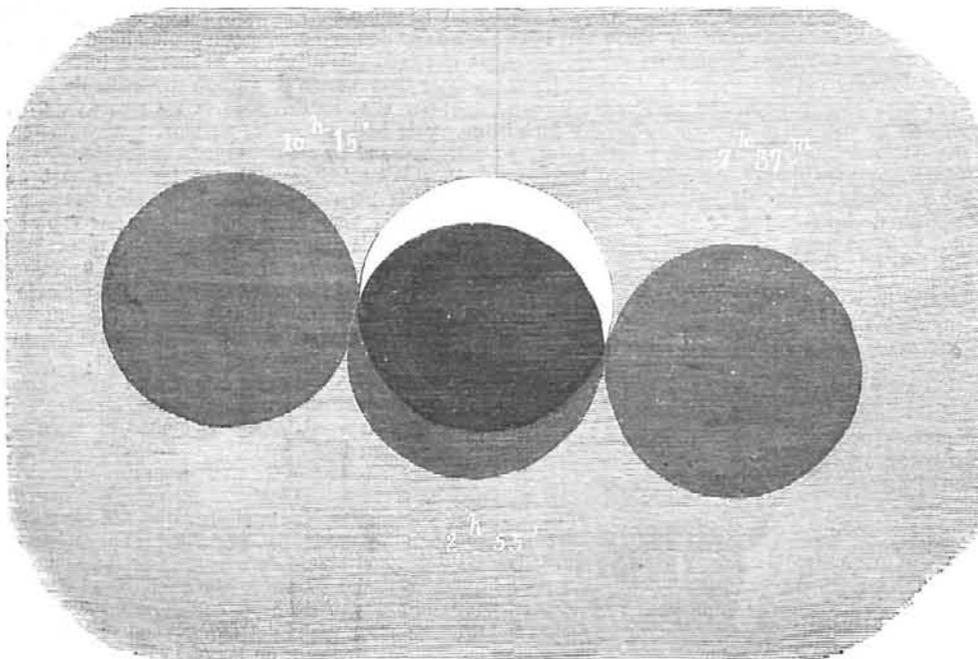
ingenio, y que como tal no ha sido reproducida completamente en ninguna lengua ni por sus más celosos imitadores. En Tucídides todo es arte y estudio: su carácter es la reflexión. De Heródoto á Tucídides media casi la distancia de las épocas heroicas á las científicas, y sin embargo, el primero escribió después de las guerras Médicas, y el segundo consiguió abarcar los acontecimientos de la guerra del Peloponeso al mismo tiempo que se iban verificando; y es que en ese medio siglo el espíritu griego había llegado á su madurez, y así como era poderoso para perfeccionar á un tiempo la poesía lírica y la dramática, la historia y la filosofía, así cada paso que daba en la vía del progreso, empujado por tantos elementos, espontánea y armónicamente desarrollados, representaba un cambio inmenso en las aptitudes y en las manifestaciones del pueblo helénico. Tucídides no sólo estaba dotado de un inextinguible amor á la verdad, sino que reunía á esto un tacto exquisito para aplicar la más severa crítica á la investigación, tanto de los hechos exteriores como de sus verdaderas causas, dependientes las más veces de los móviles secretos de la voluntad humana: para esto le ayudaba maravillosamente su profundo conocimiento del corazón humano, hijo de la gran experiencia que su ingenio penetrante había sacado del manejo de los negocios públicos y de su práctica en el arte militar: acaso tuvieron parte también en la dirección de sus inclinaciones, los consejos del más razonable y espiritual de los sucesores de Tales, del filósofo Anaxágoras; pero nada de esto hubiera sido bastante para producir una obra tan original y tan admirable, sin haber poseído en grado eminente la rara cualidad de un verdadero genio. Con todas estas ventajas se dedicó asiduamente Tucídides á componer la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

(Se continuará.)

E. M. FERNANDEZ Y CANTERO,

EL PINTOR INGRES.

El día 4 de enero del año corriente falleció en París uno de los artistas más notables de la Europa moder-

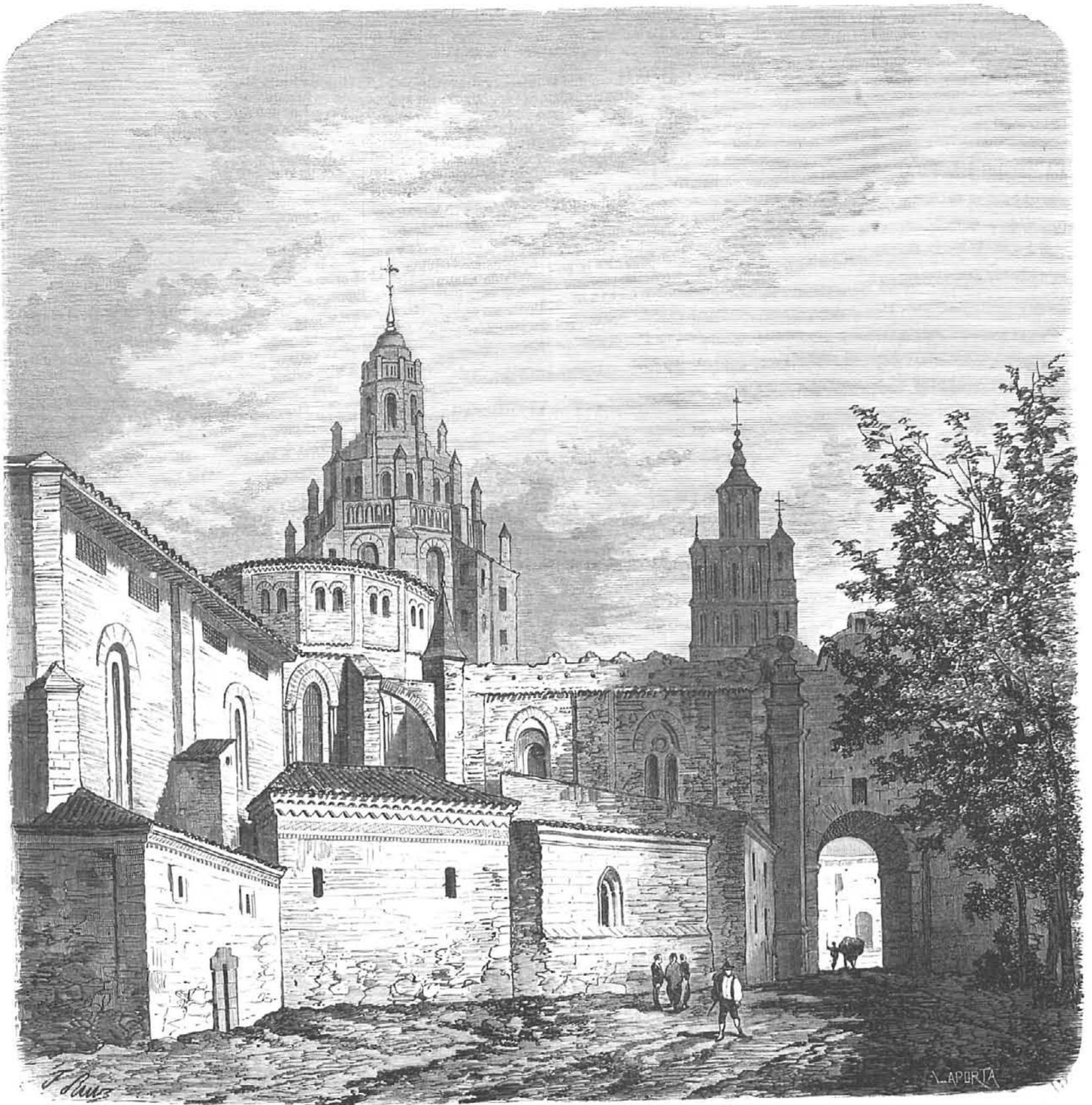


ECLIPSE DE SOL DEL DIA 6 DE MARZO DE 1867, OBSERVADO EN MADRID.

na, cuya muerte ha causado un profundo sentimiento no sólo en Francia, sino en todas las demás naciones. Mr. Ingres, que es la persona á quien aludimos, era uno de los mas eminentes y de los mas famosos pintores de los tiempos modernos y el patriarca del arte francés, al mismo tiempo que uno de los hombres de mas representacion del presente siglo. El mérito de sus obras ha sido objeto de violentas discusiones. Cuando la lucha de los partidos clásico y

romántico estaba mas encarnizada que nunca en Francia, los cuadros de Ingres se aceptaban en ambos partidos como la verdadera encarnacion del espíritu antiguo, al paso que á las obras de Delacroix se las consideraba como menos típicas apenas, pero de la escuela moderna y contraria. No hay artista alguno de los tiempos modernos, cuyo genio se haya atacado, disputado y aun negado mas, y sin embargo, ninguno ha tenido defensores mas ardientes ni ha inspirado

una admiracion mayor, que en realidad llegaba á ser reverencia. La doctrina á que Ingres se habia entregado, ó por mejor decir, á la que se habia consagrado casi religiosamente, era la importancia suprema en el dibujo en su sentido mas elevado. Este principio le sostenia con una inflexibilidad estoica y le practicaba aun descuidando el colorido. Mr. Ingres sentia, sin embargo, tan profundamente la amarga crítica de algunos de sus compatriotas, que estuvo tentado mu-



HUESCA.—ESTERIOR DE LA CATEDRAL DE TARAZONA.

chas veces á negarse á exhibir sus obras, y estos ataques sin duda alguna retardaron mucho su regreso á Francia desde Italia. Como quiera que sea, su buen éxito continuó hasta verse coronado por el triunfo, cuando una gran galeria de la esposicion francesa de 1855 se llenó exclusivamente con sus obras maestras. Durante los últimos años, pocas veces se le ha atacado; vivia gozando de la gran fortuna que habia ganado de un modo tan honroso; su reputacion habia llegado á ser europea y era feliz en su union con una mujer joven y amable. Hasta casi el dia mismo de su muerte ha estado trabajando en un cuadro que prepa-

raba para la próxima Esposicion universal, y puede decirse que ha muerto cargado de años y de honores, á la avanzada edad de ochenta y cinco años. Hé aquí algunos detalles biográficos suyos.

Juan Domingo Augusto Ingres, nació en Montauban, en 1781; sus padres eran artistas, y por la aptitud natural que el niño demostraba para la música, le destinaron á ella en un principio; pero la preferencia á la pintura se manifestó en él en una edad muy temprana. En 1800 recibió el segundo premio de la Academia, y al año siguiente el primero. Pasó cuatro años en el estudio del pintor David, y naturalmente se es-

forzó en igualar al arte clásico. Mientras estuvo en Roma, donde residió algunos años, estudió con la mayor asiduidad las obras de Rafael. Uno de los cuadros que pintó en Italia, «El voto de Luis XIII», le concilió sus críticos, pero «La apoteosis de Homero», que pintó á su regreso á Francia, en 1827, en un techo del Louvre, y que algunos han considerado como su obra maestra, mostró su disposicion clásica en toda su fuerza. Sucedió á Horacio Vernet en la direccion de la Academia francesa en Roma, y como maestro personal, pero como ejemplar por sus obras, su influencia ha sido completamente favorable. A él

deben atribuirse en grande escala, la severidad, la pureza de gusto y el dibujo elevado y correcto que distinguen á la escuela francesa. «El manantial» que es el último cuadro de importancia, que pintó en una edad ya muy avanzada y envió á la Exposición Internacional de Londres de 1862, si no es absolutamente irreprochable en cuanto al dibujo, está calculado de un modo admirable para convencer al público inglés de la completa castidad de la obra mas bella de Dios, de la forma femenina; de que la inocencia no necesita velo alguno, y de que el verdadero arte es puro. Ninguna estatua de Diana está menos libre de toda sombra de voluptuosidad; en efecto, parece ser una de las antiguas estatuas de la diosa en su condición primitiva, cuando se hallaba pintada por algún hábil pintor enciástico.

Mr. Ingres era individuo del Instituto francés, senador del imperio y gran oficial de la Legión de Honor.

M.

CASCO DE LA FRAGATA «ALMANSA»

DESPUES DEL COMBATE DEL CALLAO.

Una de las publicaciones que mas honor hacen á la prensa española, es la *Revista General de Marina*, que ve la luz en Cádiz y está consagrada, como su mismo título indica, á consignar y estudiar todo cuanto se refiere á aquel importante ramo. Los bien meditados artículos de sus redactores, pertenecientes al cuerpo facultativo de la Armada, dan una idea muy ventajosa de su ilustración, así como también es digno de elogio el inteligente editor don Eduardo Gautier, por el esmero con que atiende á la parte tipográfica, la cual corresponde al mérito de los escritos que la *Revista* inserta, y la asegura una acogida cada día mas lisonjera. En su último número publica un croquis del casco de la heroica fragata *Almansa*, que manifiesta los balazos recibidos por la misma en el glorioso combate del Callao, y del cual damos en El Museo de hoy un grabado.

Advertiremos que el croquis fue cuidadosamente levantado al día siguiente de aquel hecho de armas. «Hasta ahora (dice la mencionada *Revista*) no sabemos que buque alguno haya recibido tantos proyectiles, y sobre todo de los gruesos calibres que el que nos ocupa. El navío *La Ville de Paris*, en Sebastopol, solo recibió 41 balazos y ninguno escedió del calibre de 20 centímetros, y en la pasada guerra civil del Norte América, si hubo algun buque que recibió mas, ninguno hasta ahora había experimentado el terrible efecto de los monstruosos cañones Blakely, de 450 libras.

Efecto de algunos proyectiles.—Número 3. Bala sólida de 6 centímetros. Atravesó la borda, destrozó la lumbrera de la segunda escotilla de proa y fué á clavarse á babor (6). 4. Bala esférica de 16 centímetros. Atravesó la regala y partió el pescador del ancla (16). Destrozó el batiente de popa de la porta, partió el muñon y sobrenuñera de aquel cañon, mató un sirviente, hirió á tres mas, chocó en un bao levantando astillas y cayó á la cubierta de la batería.

18. Proyectil sólido cilíndrico de á 450, sistema Blakely largo (48 centímetros, diámetro 18 centímetros). Penetró por una porta, rompiendo la cadeneta de la arandela, destrozó el batiente de proa, mató á un cargador y á un sirviente de aquel cañon, partió un botalon de ala de velacho de respeto, se llevó una pierna entera á un cabo de mar; cortó un muñon y destrozó la gualdera de popa de un cañon de estribor, destrozó un cabillero y cayó en la cubierta con el platillo estirado de dirección, desprendido y doblado.

20. Bala esférica de á 100, penetró 40 centímetros.

22. Granada ojivo-cilíndrica de á 300 (Armstrong), Atravesó el costado, despedazó dos sirvientes del cañon 13.º, dejando 8 mas fuera de combate, rompió el braguero y dos cañas de puntería, lanzando el cañon contra el cabrestante, partió dos grilletes de la cadena de leva y reventó, destrozando de paso la cubierta y desahuciando la brazola de la escotilla de la bodega; la explosión hizo volar á un guardia marina chocándole un casco debajo del brazo, rompió el bombillo y los almacenes del fogon, chocó con un guarda-cartuchos inflamándose la pólvora que contenia y además una composición incendiaria de la granada; algunas chispas cayeron en el ante-pañol de pólvora, llenándose de humo denso y blanco la batería, sollado y falso-sollado; quedaron abrasados cuatro hombres de la conducción de cartuchos, un casco hirió gravemente á otro en la bodega, el culote llevó la cabeza á otro marinero en la batería y cayó en la cubierta; el resto de la granada destrozó un bao á estribor y salió al agua por una porta, destrozando su batiente de popa.

21, 23. Balas esféricas de 16 centímetros atravesaron el primer bote-lancha, partieron sus dos palos y una carlinga y se sepultaron entre los cois de que estaba lleno.

24. Bala sólida de á 100, atravesó un costado, y de

parte á parte un bote-lancha; le atravesó la chimenea (63) y cayó en la máquina.

42. Bala esférica de á 16 centímetros. Rozó el escudo de popa del portalon, atravesó interiormente la popa del segundo bote-lancha, rompiendo una aguja de mearar que habia en él, cuyas astillas hirieron á un aprendiz naval, partió un puntal de hierro del puente, torció la gualdera y partió dos pasos de la escala de hierro de estribor del mismo; chocó en el trancanil y rebotó en la cubierta.

5. Bala esférica de á 16 centímetros, penetró la plancha de cobre, se introdujo 19 centímetros en el alforde exterior, deteniéndose en los miembros del buque.

66. Bala esférica de á 16 centímetros, penetró 12 centímetros en el palo mayor á 3 metros de elevación sobre cubierta.

51, 53, 55. Idem que la anterior, atravesando el 5.º bote y el costado de babor en (48, 50, 52) sin apenas levantar astillas, etc.

Averías del aparejo: palo mayor, el obenque proel de babor partido por el guardacabo, el cadenete popel, el los estays mayores por el tercio bajo; tres arraigadas id. El amantillo de estribor de la mayor, etc. Palo trinquete, dos obenques proeles de estribor, amantillo de estribor de trinquete cortado, idem braza de juanete, zuncho del botalon de estribor de trinquete, escalas de gato, etc. Palo mesana, un obenque de estribor cortado, idem la vela cangreja y relinga del puño, idem pico de la cangreja junto á la boca. Osta de estribor. Aparejo de contra-estay de sobremesana. Idem de juanete, etc. Palo bauprés. Cortado el mostacho de estribor, sus pedazos clavados en el bauprés. Nervio del foc partido. Rejinga y cargadera de la trinquetilla, etc., etc.»

HUESCA.—CATEDRAL DE TARAZONA.

En El Museo de hoy damos un grabado de la catedral de Tarazona. Dividida esta noble y antigua población por el cauce del Queiles, en ciudad propiamente dicha, situada en la orilla izquierda del río, y en Arrabal, que forma el resto y ocupa la orilla derecha, comunícase entre si por medio de dos puentes. Comprende esta última parte una espaciosa plaza, llamada de la Catedral, por elevarse en ella el edificio de que pasamos á ocuparnos. Llámase en la entrada del primer obispo, *Santa María de la Híbria*, quizá como derivación del griego *hydros*, agua; y de la *Vega ó de la Huerta*, posteriormente, sin duda por causa de lo ameno del sitio. Al extremo de una puerta se ve en toda su longitud el templo, sobre una magestuosa escalinata, en el fondo de la plaza. No hay noticias exactas respecto de la época de su fundación, pues al paso que unos la fijan hacia el primer tercio del siglo XIII, otros la suponen principiada á mediados del XII. Muchas son las modificaciones que en el transcurso del tiempo ha sufrido la fabrica, viéndose en ella vestigios de los diferentes gustos que han dominado en el arte arquitectónico: así se ve, por ejemplo, que se confunden y se truncan á menudo, el bizantino y el gótico, observándose esta irregularidad tanto en las estatuas como en las labores y las otras partes del exterior del edificio. El interior le escede en hermosura y riqueza. «Apenas se penetra—dice un cronista—por su umbral, admira ver con qué brio se levanta la nave principal en agudas ojivas á una grande altura, y con qué misterio las laterales bajas y sombrías desembocan en el anchuroso crucero, prolongándose en el opuesto frente por detrás de la capilla mayor, y con qué gentileza se despliega por cima de ellas la gótica galería, cimbando el ápside y el crucero. Parece que todos los siglos de fe llevaron en ofrenda al Altísimo algunas piedras para cimentar aquel hermoso templo; las distintas formas del arte cristiano se combinaron en su erección con una armonía, que mas parece obra de convenio simultáneo que de esfuerzos sucesivos. Porque si las naves laterales en su gravedad sombría y en los gruesos follages de sus columnas y en los florones de relieve que esmaltan sus archivoltas y cornisa, conservan aun el carácter bizantino, su esbelta bóveda y sus arcos admiten ya la ojiva, recordando varios de ellos con su forma de heraldura y con sus acumuladas molduras el estilo arábigo, ya sea efecto de fortuito capricho, ya reminiscencia de artistas sarracenos. El gótico brilla sin tanta amalgama en las atrevidas medias columnas, que en grupos de tres, arrimadas al muro de la nave principal, suben hasta recibir sobre sus elegantes capiteles el arranque de las arcadas; y no menos gallardo brilla tambien en la hermosa galería, apoyando sus ojivas coronadas con una simple moldura sobre los capiteles de airosa columnata, y admitiendo un grueso balaustre, que no la deslora, á pesar de su fecha posterior. El gusto plateresco, no hallando ya espacio donde campar, usurpó al gótico el ventanaje, cuyo primitivo tipo tal vez rellene la segunda arcada del crucero; y en el artesonado dintel de las ventanas, en sus abalaustradas columnas, en las labores que engastan

la redonda lumbrera interior, sostuvo sin mengua la competencia.»

Diremos para terminar esta breve reseña, que la disposición del templo y los lejanos términos del ámbito, parecen agrandar sus dimensiones, de por si bastante vastas, y sus 230 pies de longitud, ofreciendo una rica variedad de perspectivas, ya espaciosas y risueñas, ya severas é imponentes.

M.

EL SPAGNOLETTO.

I.

Terminaba el mes de noviembre del año 1603. En el átrio de Santa María la Mayor, en Roma, y á los primeros fulgores del sol naciente, se veía un jóven de poca edad, envuelto en andrajos.

En pie é inmóvil saludaba al nuevo día, en el que sólo podía esperar una página mas de la historia de su desgracia.

Su imaginación á la vista de la grandeza del arte que engendró aquel magnífico templo, deseñaba en aquellos momentos la grandeza de la creación.

De tiempo en tiempo sellaba su angélico rostro la expansión del dolor de su alma, y al volver los ojos al purísimo fatal de los mundos, exhalaba en un suspiro la impía queja del miserable.

«Pobreza y genio! Extraña amalgama que rara vez deja de verificarse.

—Este el teatro fue de las batallas de Dionisio y Ursicino; aquí la dignidad y la ambición lucharon. ¿Qué magnífico cuadro (continuaba), qué sublimes ideas vertería en el lienzo esta imaginación delirante, á quien no puede helar ni el frío que paraliza mis miembros!

Creo ver mi obra terminada ya. Inanimados cuerpos en el pavimento, y el antipapa á los pies de Dámaso que levanta soberbio la Cruz del Redentor.

«Ah!... estoy satisfecho. Mis figuras tienen la expresión de Polignoto y Dionisio, las sombras de Apolidoro; son las formas de Zisis de Heraclea; las pasiones de Aristides...»

«¡Imbécil! ¡tienes frío y tienes hambre! (esclamaba con el mayor abatimiento); ¿de qué te sirve, orgullosa planta, elevar tus ramas al cielo, mientras vivan tus raíces en la tierra que pisa la muchedumbre!»

«¡Játiva! ¡patria mía! ¡Lejos de tí, de mi querido padre, extraño en Roma á todo, menos á sus grandezas, con qué dolor recuerdo los placeres de mi cuna!

«Por qué al recordar el ayer, se llora en el presente? ¿Qué misterio es el que en nuestra existencia nos hace desear el pasado, aunque leamos en él los mayores infortunios de nuestra vida?»

El sol bañaba ya la ciudad del Tiber.

Algunas, aunque poca personas, acudían á recibir en la iglesia la luz de la verdad, como habian recibido la luz del día.

Un humilde sacerdote, en cuyo solemne aspecto se veían reflejadas la bondad y la justicia, llegó hasta el jóven, sin ser oido por éste.

—«Tan niño y lloras? le dijo pasando.

—Señor, no basta á veces la grandeza del alma, para triunfar de las mezquindades de la materia.

—«¿Qué dices? esclamó admirado el sacerdote, oyéndole hablar con tanta cordura.

—«Un niño soy (continuó el artista), extranjero, como en mi lenguaje conocereis; sólo en Roma, con Dios y mis ilusiones, pobre y enfermo, ¿no queréis que florezca cuando el llanto es el alimento de los desgraciados?»

—«¿Cuál es tu profesión? ¿cuáles tus aficiones? dijo el sacerdote, conmovido.

—«Mi afición única, mi delicia diré mejor, es la pintura.

—«Dibujas?»

—«Poco y mal... reposo cortado el jóven... pero confío tanto en mi voluntad!..»

—«Toma esa libra de oro.

—«Señor!

—«No me lo agradezcas, te lo suplico, reposo con humildad el ministro del Señor, conteniendo al muchacho, que con efusión besaba la mano bienhechora.

—«Cuando me necesites, pregúnta en Santa María, que es esta misma iglesia, por el arcediano.

—«Iré á veros, esclamó el pintor, con entusiasmo, por veros nada mas.

—«Sí, no lo olvides, dijo el arcediano conmovido, y desapareció, entrando en Santa María.

El jóven permaneció un momento contemplando la puerta por donde habia penetrado su protector, miró el oro que tenia en su mano, arrebataronle multitud de ideas, y entre lágrimas y sollozos dejó adivinar una sonrisa, elocuente expresión de una gigantesca esperanza.

II.

En Santa María la Mayor y en la siguiente mañana, véense agolpadas multitud de personas.

Un mismo dolor espresan todos los semblantes.

Lúgubramente tañen las campanas, lenguas de Dios que, al pronunciar sus solemnes notas, piden gracia para la humanidad, y cuyos acentos llegan al alma llenándola de incomprensible grandeza.

Se celebran los funerales por el ilustre arcediano, que en aquella noche pasó a disfrutar las bondades del Eterno.

Su memoria vivirá en sus semejantes al través de los años; lo atestiguan las lágrimas que derrama la muchedumbre.

El juicio que los vivos hacen de los muertos, es el mas noble, el mas desapasionado.

El orgullo humano sólo estima a los que no pueden estorbarle en su camino.

En el lindé de la vida empieza el imperio de la verdad. La muerte es el eterno lazo que une a los hombres, el eslabón de una interminable cadena que engasta a las generaciones, y cuyos extremos están en la mano de Dios.

El pintor había trasladado al papel en aquella misma noche, las fantásticas ideas que en la anterior llenaron su mente, cuando descansaba bajo el pórtico de il Ottavia, y en la mañana en el ático de Santa María, y corría a entregar las primicias de su genio a su ángel protector de la vispera.

—El señor arcediano?... preguntó a otro sacerdote que halló a su paso.

—Allí le tenéis, dijo el interpelado, señalando al túmulo que se levantaba en el centro de la nave.

—¿Qué decís? exclamó balbuceando el jóven; quizás no me habreis comprendido; soy extranjero y apenas puedo esplicarme en vuestro idioma; os preguntaba, (continuó, esforzándose por hacerse entender) por el señor arcediano.

—Y yo os he contestado ya, que ha muerto anoche, repuso el sacerdote.

—¿Muerto!...

—¿Le conociais, acaso?

—¿Qué desgraciado no le conoceria por sus beneficios?

—Si es que teniais algun asunto de interés con él, ó deseais alguna limosna, podeis dirigiros a la sacristía, y allí encontrareis a un señor cardenal muy su amigo, que es el que le ha acompañado en sus últimos momentos y que podrá satisfaceros.

—¿Limosna! exclamó con dolor el mancebo.

—El es tan santo varon, repuso el sacerdote, que sin hacer ofensa al que Dios tenga, señor arcediano, no habrá seguramente quien le iguale.

—Por allí, continuó, indicando al jóven el sitio en que se hallaba la sacristía.

Y saludándole afectuosamente, se perdió entre la multitud.

El pintor cayó involuntariamente de rodillas, oró algunos instantes, y despues se dirigió a la sacristía.

III.

Durante el tiempo que invirtió en su plegaria, le tuvo el sacerdote con quien había hablado, para llegar a la sacristía y avisar al cardenal.

—Sois vos, le dijo en viéndole, el jóven que preguntaba por el buen arcediano?

—Y vos seréis sin duda, repuso el pintor con expansivo acento, el santo varon de quien habla la fama?

—Yo soy el que buscáis, repuso algo turbado el cardenal.

—Pues bien, tomad, dijo el mancebo, entregándole el boceto que había dibujado; es una memoria de gratitud que destinaba al señor arcediano; puesto que fuisteis tan su amigo, guardadla vos.

El cardenal miró con asombro al jóven, despues de haber examinado el dibujo.

—El que ha trazado estas líneas es un genio, exclamó con entusiasmo.

—Honra que me haceis, señor.

—Si, un genio, continuó el cardenal, estrechando entre sus brazos al muchacho.

—Sois pobre? ¿qué necesitáis? ¿quereis honrarme? añadió precipitadamente; venid a mi casa; allí vivireis a vuestro gusto.

—¿Señor!

—Dios me castigaría si no supiese sacar del estado en que parece os halláis, una de las glorias del divino arte.

—No en balde, dijo el pintor besándole la mano, os apellidan santo.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—José Rivera.

—¿De dónde sois?

—Español, señor, de Játiva.

—Pues bien, mi querido Spagnoletto, desde hoy eres mi hijo.

IV.

Han transcurrido algunos meses.

Rivera vive en medio del lujo; pero sus obras no han pasado aun de un estrecho círculo.

Anhela con vehemencia visitar a Caravaggio, aprender en sus obras, llamarle su maestro.

Vive acariciado por la fortuna y se hastía de ser feliz.

Recuerda con dolor aquellas noches en que dormitaba bajo el pórtico de il Ottavio; cambiaría sus gozes por aquellas horas en que olvidado de sus miserias, donde miraban sus ojos, hallaban magníficas creaciones de una imaginación exaltada.

Ayer contemplaba a Dios en la Naturaleza.

Hoy vive esclavo del lujo, de las consideraciones sociales; cruel esclavitud para el genio.

Importunos obstáculos para el que nace en el mundo con una gran misión que realizar.

Rivera vivía mártir de la fortuna; deseaba alimentar su espíritu con la desdicha nuevamente; y sobre todo, quería asistir al faller de Caravaggio.

Temía el cardenal perder aquella joya; le había ofrecido el cariño de un padre, y su ofrecimiento se había cumplido con eseso.

Rivera abandonó la casa del cardenal.

Dirigióse al gran pintor a quien tanto anhelaba copiar. Caravaggio le recibió friamente.

—Quiero visitar vuestro taller, le dijo un día viéndole en la calle.

—Cuando os acomode, le contestó éste, sin parar ni hacer aprecio de quien le hablaba.

—¿Hasta mañana! dijo Rivera.

Nadie le contestó. Caravaggio continuó con sus amigos burlándose de la facha del Spagnoletto.

V.

Hay momentos en la vida, en los que aun a trueque de perderla, desearíamos acelerar.

Apenas rellejaba el Tiber los primeros rayos del sol naciente, cuando Rivera llegó a la casa de Caravaggio; momentos despues se abrieron sus puertas y se dispuso a entrar.

—Volved mas tarde, le dijo un criado, estorbándole el paso.

El jóven sintió por primera vez en su vida el demonio del orgullo brauar en su pecho.

—¿Sabéis quién soy yo? le dijo colérico.

—Ni me importa, contestó el criado, desapareciendo por los corredores del edificio.

Trascurrieron algunas horas y Rivera volvió a solicitar permiso.

Esta vez le fue concedido.

Caravaggio contemplaba un lienzo y permaneció inmóvil, a pesar de la entrada del Spagnoletto.

—¿Qué quereis? le dijo al cabo de bastante tiempo.

—Aprender, contestó Rivera, con humildad.

—¿Dibujáis algo?

—Podeis verlo.

—Allí tenéis lienzo y cuanto necesitéis, dijo el maestro, mirando al mancebo con una mirada.

—¿Cuánto orgullo! esclama éste.

VI.

Han pasado dos días sin que Caravaggio se digne dirigir una palabra a Rivera.

En este tiempo el boceto ha quedado concluido.

—Es cuanto puedo hacer, dijo el Spagnoletto, llamando la atención de Caravaggio y señalando al cuadro.

—Dios me valga! exclamó este, viendo la obra.

—¿Quereis hacerme la merced de corregirme?

—Dadme los brazos, jóven; vuestras obras no han menester mis correcciones.

VII.

Algunos años despues, en 1637, en la Cartuja de San Martín, de Nápoles, lloraba una hermosa matrona delante del cuadro colocado en el altar mayor. El cuadro representaba el Descendimiento de la Cruz.

—¿De quién es esa maravilla del arte? preguntaba un extranjero a su cicerone.

—Es de Rivera, el Espagnoletto, que acaba de morir lleno de gloria y de riquezas.

Aquella mujer que llora delante del altar es su hija.

EDUARDO DEL PALACIO.

EN UN ALBUM.

El amor inefable que atesora,
bella jóven, tu tierno corazón,
es el aroma de la flor mas pura,
es un destello del amor de Dios;

Es cual para el viandante fresco oasis,
si en mundano desierto penetró,
riente aurora que engaña el alma,
frondoso campo de eternal verdor.

¡Ay! sin ventura el que a su grata sombra
con deleite una vez no descansó!

¡Ay de aquel que en la senda de la vida
no aspira el dulce aroma de una flor!

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

DESPUES DE MUERTO.

(CONTINUACIÓN.)

II.

—¿Han visto ustedes algo mas absurdo que un desafío, que un duelo? preguntaba yo a mis amigos una noche en el clásico Suizo.

—Si señor, contestó uno; algo mas absurdo que un desafío, son dos desafíos.

—Hay otra cosa mas absurda que uno, que dos, que cien desafíos, replicó un tercero.

—¿Cuál? preguntamos todos.

—Un suicidio.

—Tiene razon, exclamé yo.

—¡Bah! dijo un esc plico, todo tiene su razon de ser en el mundo.

—Siguiendo ese sistema, si te caes no debes levantarte, si te pones enfermo no llamarás al médico, si te roban no acudirás a los tribunales.

—¿Desgraciado de aquel que llega a acariciar por un solo momento la idea de suicidarse!

Yo me estremecí involuntariamente, y las alegres carcajadas con que mis amigos habían acogido la imprecación del misántropo, me parecieron las estertóreas voces de cien genios maléficós que se cernían sobre mi cabeza.

Una copita de cognac evaporó mis nebulosos pensamientos.

Y sin embargo, tres meses despues escribia yo la carta que ha visto el lector, a mi amigo Enrique.

No trato de justificarla; aquellos momentos fueron crueles para mí. Comprendí que una resolución que mi amada tomase en la cuestión de mis amores, seria irrevocable. Sospeché que la fatalidad se presentaba en mi camino. Todo mi brillante porvenir, todas mis esperanzas huían para siempre ante la epístola que ella me escribía.

Yo la amaba, la amaba con delirio y ella correspondía a mi amor giuiendo bajo la tiranía feudal de su familia que se oponía a nuestras relaciones con la tenacidad del tigre que defiende su presa. —Y calculaba yo, cuando ella se ha decidido a escribir una carta tan severa, debe haberlo reflexionado bastante. Nada podía, por lo tanto, esperar de ella; nada de mi amor, y nada era yo sin la una y sin el otro. Entonces pensé en matarme.

Hay muchas clases de suicidas. Unos mueren ahogados, otros asfixiados, otros ahorcados; quiénes se dan trágicamente la muerte con un puñal, quien se afeita la vena yugular, quien acaba su existencia al estallido de una pistola, quien se precipita de un puente, ó proyecta hacerse tortilla dejándose caer desde un cuarto 4.º, ó prefiere que la locomotora lo reduzca a lámina, ó que el fósforo le engorde la barriga.

¡Hay tantos medios de darse al diablo, diciendo al mundo, «quede usted con Dios!»

Yo necesitaba morir, morir de una vez; deseaba acabar con mi existencia, y este deseo era ya una necesidad; tan violento se manifestaba. Necesitaba una muerte dulce que me hiciese abandonar esta amarga vida; aparecer en otra parte que este mundo, aunque fuera en el infierno, así, de repente, como llovido del cielo.

Púseme a cabilar sobre qué clase de muerte escogería.

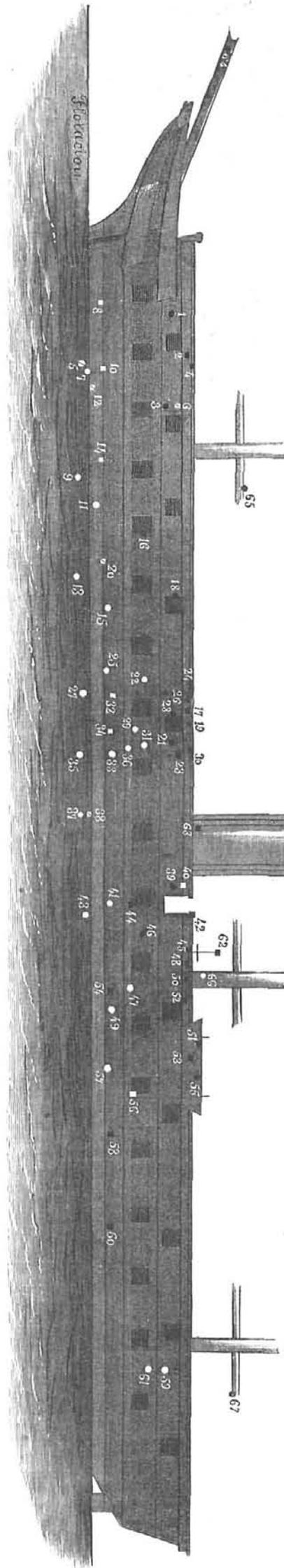
Me acordé de la cicuta que bebió Sócrates, y de Lucano cuando se desangró en un baño, el uno explicando la última lección a sus discípulos, y el otro coronado de laurel y componiendo versos.

Pero esto era muy conocido: todos los estudiantes de filosofía ganan el primer año recitando tan poéticas muertes.

Tampoco estaba yo para filosofías ni versos; no había en mí mas que una idea fija, matarme. Volví a reflexionar.

Primeramente pensé en la guerra. Morir heroicamente por una causa justa, santa; considerar que mi tumba había de coronarse de lauros y flores, y que la prensa ilustrada me reproduciría en cien grabados, y la política me ensalzaria ó vituperaría, y llegaría a oídos de mi amada el nombre de quien tanto la quería, me pareció el plan mas aceptable y determiné ponerlo en ejecución desde luego; pero recordé que casualmente no había entonces guerra alguna: los ingleses eran dueños de medio globo y obligaban *velis nolis* al otro medio a que les comprase sus productos; Napoleón no tenía que distraer con guerras exteriores el impresionable y noticiero carácter de sus súbditos; el czar había poblado la Siberia con los habitantes de Polonia; los Estados Norte-americanos se habían convencido a linternazos de que estaban unidos; Méjico se preparaba a recibir con palmas a Juárez, y Maximiliano esperaba una fragata que le volviese a Europa; Roma y Florencia jugaban al escondite por no resolver la cuestión internacional; hasta el tráfico de negros había concluido, por haberse establecido en competencia con él el tráfico de blancos que los negros hacían en los arenales del Africa.

ESTADO DEL CASCO DE LA FRAGATA AIMANSA, DESPUES DEL COMBATE.
COMBATE DEL CALLAO.



Estribor ○ Proyectil con efecto contundente ●
 ————— incrustado ○
 ————— perforante ⊙

Babor □ Proyectil con efecto contundente ☒
 ————— incrustado □
 ————— perforante ■

NOTAS

La AIMANSA permaneció 5 horas en fuego, durante cuyo tiempo se hicieron 2,170 disparos de todas clases, en esta forma:

- 18. Proyectil sólido y cilindrico de á 310, sistema Blakely (largo 48 centímetros, diámetro 28 centímetros.
- 20. Bala esférica de á 100 (95 libras), penetró 40 centímetros, quedó incrustada.
- 22. Granada ojivo-cilíndrica de á 300, sistema Armstrong; arrancó los cáncamos de la murada y rompió el braguero de un cañon, lanzándolo á la cruz; partió una cadena de leva y reventó, inflamándose el misil incendiario que contenía, chocando á su paso con cuatro caruchos de la conducción, que se inflamaron, cayendo chispas en el ante-pañol, etc.; rompió un bno, destruyó el botante de una porta y dejó diez y seis hombres fuera de combate, y entre ellos el guarda-marcha don Ramon Hall.
- 23. Bala sólida de á 100, atravesó un costado y de parte á parte un bote, lancha, etc.; atravesó la chimenea (63) y cayó en la máquina.

1,284	balas sólidas de á	20	centímetros.
344	16
219	ovales llenas de arena.	16
5	granadas.	12
190	granadas esféricas de á	20	centímetros.
40	16
88	ovales.	16

Era necesario, pues, resolverse á buscar una muerte heroica en tiempo de paz.

Pensé seriamente en marcharme á la Habana, á ver si me daba el vómito, de allí á Fernando Pó en busca de unas calenturas, y de este punto á Manila con la esperanza de que el tifus ó la disenteria me abriesen las puertas de la eternidad. Pero yo no tenía las condiciones administrativas que caracterizan á los que van empleados á estos puntos. Ni quería separarme de mi mujer, ni hacer carrera, ni huir de acreedores, ni servir para vista ciego ú oidor sordo. Se me ocurrió que yendo de cónsul á Sierra Leona acaso moriría en obsequio de mi patria en el cargo; pero casualmente el último cónsul, que era amigo mio, acababa de llegar bueno y sano de dicho punto.

Una expedición científica al polo, al cráter de un volcan, ó en busca de la direccion cólica en un globo, me hubieran immortalizado; pero ¿quién vendria desde el polo á traer la noticia de que me hallaba como los besugos de los maragatos, heladito? ¿Quién, desde el cráter, á participar que estaba tan toston como los cerdos en la matanza? ¿Quién pondria una comunicacion de allende los mares, si yo caia desde las nubes á uno de los océanos? de seguro no seria el cetífico que me sepultase en su abdomen. Ni aun podia esperar ser admirado como momia en el Jardín Botánico!

Otro medio habia de morirme; ir á descubrir la geografia de los países salvajes. Allí presenciaria los preparativos de un banquete, en que los incivilizados se regalarían con la carne de un amante infeliz, y podria yo abrigar la esperanza de que alguno de mis gastrónomos fuera luego de embajador de su tribu á Europa, á España, y dijese á mi amada, si por mí le preguntaba: «Estaba muy rico.» Pero me acordé tambien de que en los banquetes científicos se habia comido carne de asno, y dije:—Si prueba alguno de los susodichos canibales carne de cuadrúpedo, es capaz de decir que vale mas un buen jumento que el español que se tragó en su país.

Nada de esto me satisfacía. Resolví, pues, matarme sencillamente, echándome al estanque del Retiro, convencido de que seria, allí sumergido, mas ganso que los que sobrenadan; pero vi que el agua no me llegaria al pecho.

III.

Resuelto ya á matarme, no me era posible volver á mi casa, pues esto desmentiria la carta escrita á Enrique; así que, ya á la tarde, entré en la fonda de París y tomé un cuarto, dando un nombre supuesto.

Toda la noche la pasé en pie. Me hubiera sido imposible dormir. ¿Cómo hacerlo, teniendo ante mi vista la idea de mi muerte?

Mi corazón vacilaba. Yo debia matarme, abandonar un mundo en que era infeliz. Llegar á otro en que descansaria. Dejar una vida material que ahoga al espíritu, por la vida del espíritu libre.

Hay momentos en que con todo reflexiona uno, menos con la cabeza. Yo habia leído algo de filosofía panteista, y me iba convenciendo de que todos nosotros somos partes de un todo que nos absorbe; que nuestra individualidad es una forma de ser que acaba en este mundo.

De todo esto quedé convencido en cinco minutos. Iba filosóficamente á matarme al día siguiente. Las horas pasaban con rapidez. Al ruido de las primeras de la noche, sucedió la calma, el silencio de las altas horas.

No se sentia un carruaje. Los pasos de cualquiera persona, resonaban en la calle con un sonido hueco é imponente. Sólo la voz del sereno interrumpia á cada cuarto de hora la solemnidad del reposo.

Yo contaba los latidos de mi corazón. Mi conciencia no estaba tranquila. ¡Amargas son las horas que el criminal condenado á la última pena cuenta hasta el momento del suplicio!

Yo iba á morir, pero no condenado por la arbitrariedad ó torpeza de los hombres. Yo iba á morir, porque yo mismo me condenaba á muerte.

Al criminal suele acompañar la cristiana compasion de sus semejantes.

A mí todo me iba á fallar, que el suicida empieza por no tener compasion de sí mismo.

Yo habia fingido, sin embargo, una muerte mas disculpable que la del suicida. Yo habia escrito que no se investigase la causa de mi muerte, el día que iba á tener lugar mi duelo, y todos creerian que habria perecido en él.

(Se continuará.)

F. DE ZULUETA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Las letras y las armas dan nobleza, consérvala el valor y la riqueza.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAB. IMPRENTA DE GASPAB Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.